Sacerdote, según el orden de Melquisidec; Él es asimismo el legislador Supremo. ¿Qué diremos de tantas grandezas, ó en cuál de ellas podríamos fijar nuestros ojos sin que luego quedasen ofuscados con los raudales de la luz que se desprenden del purísimo Corazón de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Santo por su misma esencia, Sacerdote eterno, y cuya voluntad santa y adorable rige el universo? Nos ocuparemos siquiera en decir una palabra acerca de la divina Eucaristía, simbolizada en la antigua Ley por el maná.

"El Señor alimentó á su querido pueblo de Israel con manjar de ángeles, y le suministró del cielo un pan preparado, sin que el pueblo se fatigase; ese pan contenía en sí todo deleite y la suavidad de todos los sabores, lo cual demostraba cuán dulce es el Señor para con sus hijos„ (1). He ahí el símbolo de la divina Eucaristía, de la cual dijo Jesucristo: "Yo soy el Pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el Pan que desciende del cielo, á fin de que quien comiere de él no muera... Quien comiere de este Pan vivirá eternamente, y el Pan que Yo le daré es mi misma Carne, la cual daré para la vida del mundo... En verdad os digo que si no comiereis la Carne del Hijo del hombre y no bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida

(1) Sap., XVI, 20-21.

eterna, y Yo le resucitaré en el último día, porque mi Carne es verdaderamente comida, y mi Sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi Carne y bebe mi Sangre en Mí mora y Yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive, y Yo vivo por el Padre, así quien me come también vivirá por Mí. Este es el Pan que ha bajado del cielo. No sucederá como á vuestros padres que comieron el maná, y no obstante murieron; quien come este Pan vivirá eternamente„ (1).

He aquí el verdadero Pan de los ángeles, nuestro amadísimo Jesús, dándonos por alimento su Carne y su Sangre. Si del maná se dice que era preparado sin trabajo de los israelitas, el manjar de la divina Eucaristía es preparado por el mismo Dios, que por ministerio de los sacerdotes convierte el pan en la Carne y el vino en la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh, con cuánta verdad dijo el divino Salvador á los judíos!: "Moisés no os dió Pan del cielo; mi Padre es quien da á vosotros el verdadero Pan del cielo, porque Pan de Dios es aquel que ha descendido del cielo, y que da vida al mundo„ (2).

En la divina Eucaristía, mejor que en el maná, gustamos en su misma fuente la dulzura y la suavidad de todos los sabores, y apacentamos nuestras almas con las delicias del cielo.

(1) Joann., VI.
(2) Joann., VI, 32-33.

Ya sea que meditemos en la divinidad de Jesucristo, ó ya nos ocupemos en meditar en sus santísimas virtudes, todo ello es para nosotros entrar en el Paraíso de Dios, en donde respiramos en una atmósfera embalsamada con el perfume de las flores del cielo. En ese Paraíso podemos descansar á la sombra de frondosos árboles. Paraíso donde el canto de las aves, el murmullo de las fuentes y la presencia de Dios nos llenan de consuelos y delicias, y nuestra vida en ese sitio encantador es la imagen de aquella otra que gozaremos en el cielo.

Gustamos en la divina Eucaristía la suavidad y la dulzura de todos los sabores; allí están para probar lo que decimos, la grandeza infinita de Jesús y sus santísimas virtudes. Aquella grandeza no se nos presenta entre los vivos resplandores de su gloria, sino antes bien, se oculta con una dignación incomparable, porque el buen Jesús desea que nos acerquemos á su Majestad y no quiere que de El nos separemos. Esta dignación de nuestro amadísimo Señor obliga enteramente nuestro amor para con El. Oculta su grandeza, y sólo nos presenta la benignidad y la dulzura de su Corazón divino; mas esto no impide que creamos en El y le reconozcamos por nuestro Dios y Señor, y que pensemos en su divinidad. El es el Verbo del Padre, su palabra substancial, eterna y perfectísima; he aquí nuestra gloria, nuestra grandeza y toda nuestra dicha; porque El es nuestro Dios, El nuestra cabeza, el hermano más

tierno y cariñoso que tenemos y á quien amamos con todo nuestro afecto. ¿Con quién le podremos comparar? Por esto, pensando en su infinita grandeza, rebosan nuestras almas de inefable dicha, y esta dicha inspíranos vivísimos deseos de que todo el mundo le conozca y le ame y viva sujeto á su imperio. "Yo no estaré callado—decía Isaías;—por amor de Jerusalén no he de sosegar hasta que su Justo nazca como la luz del día y resplandezca su Salvador como una antorcha brillante„ (1). Sí, jamás dejaremos de publicar la gloria de Jesús, la hermosura y los encantos de su Corazón dulcísimo, su infinita grandeza, he aquí la ocupación más deliciosa y la verdadera dicha de nuestra alma.

Las santísimas virtudes del Corazón de Jesús también son para nosotros fuentes de suavidad y de dulzura, ricos manantiales de divinas delicias. Allí están su amor al Padre y su inefable ternura para con los hombres; allí su mansedumbre y humildad, allí su paciencia y su resignación; allí, en fin, todo lo que hizo por nosotros, y sus divinas enseñanzas, y los ejemplos de su santísima vida, porque todo en El es sublime, admirable y perfecto.

Si pensamos en su Corazón divino en cuanto le tenemos en la Eucaristía, desde luego su caridad infinita hacia nosotros y su inefable dulzura y su profunda humildad nos llenan de

(1) LXII, 1.

un asombro inexplicable. ¿Quién lo tiene atado, encadenado en ese Sacramento, sino el amor á sus queridos hijos? Cual si pudiese faltarle la vida, ó disminuir su dicha, ó amortiguar el resplandor de su divina gloria, no quiere separarse de nosotros; y su amor, siempre benéfico, derrama sin cesar desde ese Sacramento sus gracias y favores sobre el mundo.

Arde el Corazón de nuestro buen Jesús en vivísimas llamas de un amor inextinguible; y quiere y pide que le amemos en pago del cariño que nos tiene. ¡Ay de nosotros si no atendemos las inspiraciones de su gracia, si no le damos, como El lo quiere, nuestro amor!

Un profeta, hablando del tiempo de la gracia, dijo lo siguiente: "En aquel día, los montes destilarán miel, y manarán leche los collados, y correrán llenos de aguas saludables todos los arroyos de Judá, y del templo del Señor brotará una fuente que regará el valle de las espinas„ (1). He ahí el Corazón de nuestro amado Señor, que en la divina Eucaristía se nos descubre como una fuente de suavidad y de consuelo; las aguas de esa fuente son más dulces que la miel y llevan en sus ondas la vida y la salud. ¿Quién jamás se acercó al Corazón de Jesús en busca de consuelo que no le hallase? Allí, allí en ese Corazón dulcísimo todos venimos á dejar las cargas del dolor que nos oprime, las aflicciones y miserias de la vida; allí

(1) Joel, III, 18.

lloramos nuestras culpas y allí conseguimos el perdón. Jesús nos prodiga sus caricias, olvidando enteramente nuestras faltas, y nosotros le amamos con ternura inmensa. ¡Oh, cuánto es el consuelo que sentimos en estos momentos de inefable dicha! ¡Qué delicias tan puras y tan santas! Al llorar nuestros pecados, la indignación no se ha pintado en el rostro de Jesús; El nos ha visto lleno de suavidad y de dulzura, y ha tenido compasión de nosotros, como el más tierno y bondadoso padre. ¿Quién dejará de bendecirle con todo su cariño?

Si la dulzura de Jesús encadena nuestro amor, ¿qué tendrá que hacer su inefable humildad? "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.„ Y bien lo demuestra el buen Jesús en la divina Eucaristía, donde ha querido ocultarse con el velo de los accidentes, y en ese divino Misterio, ¡oh cuánto es lo que ha sufrido por el amor que nos tiene! ¿Podremos pensar en las profanaciones de toda especie de que ha sido objeto nuestro amadísimo Jesús en el Sacramento de su amor sin que se llenen de lágrimas los ojos, sin sentir oprimido el corazón de indecible angustia? Muchas veces, las sagradas Hostias han sido pisoteadas con furor satánico por hombres detestables que á sus horrendos crímenes añaden una insensatez abominable. ¿Qué consiguen con tales excesos? No por éstos Jesucristo dejará de reinar en el mundo; serán expiados por sus amantes hijos con lágrimas de dolor y de amargura, y de mil

y mil corazones se elevarán hasta el cielo himnos de bendición y de alabanza al Rey de los siglos, inmortal é invisible, á nuestro amadísimo Jesús, que ha de reinar por los siglos de los siglos.

Jesús desciende de los cielos á la voz del sacerdote; se entrega en sus manos, y el sacerdote, ó bien le pone en su pecho, ó le da en alimento á los fieles, ó le reserva en el Sagrado Tabernáculo. Si los fieles están delante de Jesús con poca reverencia, ó indignamente le reciben en la Comunión, no dice una palabra, ni exhala alguna queja, cual si nada supiese, cual si fuera insensible, y es que en ese Sacramento se ha humillado, se ha anonadado á sí mismo. ¡Hasta dónde llegará la admiración de los ángeles que contemplan esa humildad incomprensible de nuestro amadísimo Señor! Le ven en los esplendores de la gloria, sentado á la diestra de la Majestad, en lo más elevado de los cielos, y poniendo sus ojos en la Eucaristía, allí le hallan en la más profunda humillación; no pierde su grandeza, mas la oculta á las miradas de los hombres para que éstos puedan acercarse á Él y hablarle llenos de confianza.

Si la admiración tiene como embargados á los ángeles del cielo que contemplan la humildad de Jesucristo, no extingue, que antes aviva, las llamas de su amor purísimo, haciéndoles cantar sus divinas alabanzas. ¡Oh, si imitándoles nosotros cuando estamos delante de Jesús, estuviésemos absortos en el pensamiento

de la grandeza infinita y las humillaciones de nuestro amado Señor, ¡cuánto le amaríamos, y qué recogimiento y qué respeto guardaríamos en su divina presencia! Si faltamos en esto, veamos, á fin de remediar el mal, si nuestra fe no es tan firme y tan grande en Jesucristo como debe ser; tal vez en la debilidad de esa fe se halla el origen de la frialdad y de la disipación que tenemos en nuestras visitas al Señor Sacramentado; procuremos, pues, robustecerla y avivarla lo más que podamos, trayendo á la memoria las divinas palabras de Jesús, en las cuales se dignó su Majestad asegurarnos que estaría con nosotros hasta la consumación de los siglos. Pensemos en lo que ha hecho por salvarnos, en la grandeza y ternura de su amor noble y generoso cual ninguno. No olvidemos que Él deseaba ardientemente que estuviésemos siempre en su compañía para estar Él con nosotros, y que á fin de animarnos á ello, nos asegura que sin Él nada podemos; que así como el sarmiento separado de la vid no produce fruto ninguno, así nosotros, separados de su Majestad, no llevaremos fruto ninguno, y que así como el sarmiento, separado de la vid se seca, le cogen y arrojan al fuego, así sucederá con nosotros si de Él nos alejamos. Todo esto, y la verdad de sus palabras, y sus promesas que no pueden faltar, vendrán á producir en nuestras almas, con la divina gracia, una fe que no vacile y una caridad que avive más y más sus divinos ardores. Estando así delante de Jesús, á cada instante la

fe nos dirá al corazón: — Aquí está el grande, el Santo de los Santos, el Hijo del Altísimo; aquí el Dios que tanto te ha amado, que te ofrece todos sus tesoros y quiere comunicarte los secretos de su amor divino. ¿Por qué no te humillas hasta el fondo de tu pequeñez, estando como estás en la presencia del eterno y soberano Dios cuya Majestad es infinita? ¿Por qué no le amas con ternura inmensa, para corresponder siquiera en parte á su inefable y ardentísimo cariño?

Así podemos discurrir por todas las virtudes de Jesús, gustando en cada una la suavidad de sus consuelos; y si del maná se dijo que Dios demostraba con él cuán dulce era para con sus hijos, ¿qué diremos del manjar de la divina Eucaristía en la cual Dios se nos da por alimento? En verdad, la Eucaristía es la revelación más asombrosa del amor que Dios nos tiene, y revela cuán dulce es el Señor para con nosotros.

Hablemos ahora, aunque sea una palabra, acerca del Sacerdocio de Jesucristo y de su poder legislativo, simbolizado, el primero, en la vara de Aarón, y el segundo, en las Tablas de la Ley contenidas en el Arca.

El Sacerdocio de Jesucristo fué establecido con juramento. Juró el Señor y no se arrepentirá: "Tú eres Sacerdote por toda la eternidad." Así habló el Padre á su divino Hijo. Por esto es más perfecto el Testamento de Jesús que el de Leví. Además los sacerdotes antiguos fueron muchos, porque la muerte les impedía que durasen siempre; mas Jesucristo, como siempre permanece, posee eternamente el Sacerdocio, y puede para siempre salvar á los que, por su medio, se presentan á Dios, como que está siempre vivo para interceder por nosotros. Así convenía que fuese nuestro Pontífice, santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más excelso que los cielos. Él no tiene necesidad, como los demás sacerdotes, de ofrecer cada día sacrificios, primeramente, por sus pecados, y después por los del pueblo. Esto último lo hizo una sola vez ofreciéndose á sí mismo (1).

Nuestro Pontífice, que está sentado á la diestra del Trono de la Majestad de Dios en los cielos, nos alcanzó los bienes venideros por medio de un Tabernáculo más excelente y más perfecto, no hecho á mano; esto es, no de formación semejante á la nuestra, y presentándose, no con sangre de machos de cabrío, ni de becerros, sino con la Sangre propia, entró una sola vez en el Santuario, habiendo obtenido la eterna Redención del género humano; porque si la sangre de los machos de cabrío y de los toros, y la ceniza de la ternera, esparcida sobre los inmundos, los santifica en orden á la purificación legal, ¿cuánto más la Sangre de Cristo que por el Espíritu Santo se ofreció á sí mismo inmaculado á Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas para que tribute

(1) Hebr., VII, 20-27.

mos verdadero culto al Dios vivo?... No entró Jesús en el Santuario hecho de manos de hombres, que era figura del verdadero, sino que entró en el cielo para presentarse por nosotros en el acatamiento de Dios (1), y con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre á los que ha santificado.

Un amor inmenso al gran Pontífice que murió por nosotros y que no deja de interceder por sus amados hijos, y una confianza sin límites en sus méritos infinitos nos inspira lo que acabamos de decir. ¡Bendito sea mil veces el divino Sacerdocio de Jesús! Se ofreció á sí mismo para darnos vida, y sus méritos infinitos nos han adquirido la herencia celestial.

En las tablas de la Ley estaba simbolizado el poder legislativo de nuestro Señor Jesucristo, de quien dijo Dios á Moisés, Profeta y legisdor del pueblo de Israel: "Yo levantaré un Profeta de en medio de tus hermanos, semejante á ti, y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le mandare; mas el que no quisiere escuchar lo que hable en mi Nombre, experimentará mi venganza„ (2). "Este es mi Hijo muy amado — dijo también el Padre, — en quien tengo todas mis complacencias. Á El habéis de escuchar„ (3).

Nuestro amadísimo Señor ha dado al mundo

(1) Heb., IX.
(2) Deut., XVIII, 18-19.
(3) Matth., XVII, 5.

la ley de su Evangelio, yugo suave, carga ligera, ya que Jesús nos fortalece con los auxilios de su gracia, y nos alivia y consuela con las suavidades de su amor divino. El Evangelio; he ahí el libro que enseña la verdad y el Código sagrado que nos revela el amor de Dios hacia los hombres. Las palabras de Jesús, en él contenidas, son de vida eterna, y al disipar las tinieblas del error, inclinan dulcemente nuestras almas al servicio divino, y encienden en ellas las llamas del amor de Dios. Si queremos conocer á Jesucristo, leamos, meditemos sin descanso en su santo Evangelio, y cada día hallaremos en El nuevas pruebas del amor que nos tiene y motivos, en verdad muy poderosos, que nos obliguen á amarle.

¡Oh, buen Jesús, cuyo Corazón amorosísimo es el Arca del nuevo Testamento, franqueadnos las inestimables riquezas que atesora! ¡Maná dulcísimo de nuestras almas, alimentadnos con vuestro amor divino! ¡Pontífice que os habéis sacrificado por nuestra salud, en Vos está nuestra esperanza; salvadnos por los méritos de vuestra Sangre preciosa! ¡Legislador supremo, imprimid en nuestro corazón vuestra divina Ley, para que este corazón enteramente os pertenezca, y no pensemos, ni sirvamos, ni amemos sino al Dios que murió por nosotros, y que, cual prenda de su indecible ternura, nos entregó su mismo Corazón, y con él todas las riquezas de la gloria!